

La cultura del libro como un bien público

La culture du livre comme bien public

Paulo Slachevsky

Presidente Editores de Chile, Asociación de editores independientes,
universitarios y autónomos
paulo@lom.cl

Resumen

En el marco de la tensión cultura/comercio que transforma el mundo del libro en la globalización, este artículo busca poner en relieve el carácter público de la cultura del libro y cómo el movimiento de editores independientes –en su resistencia al dominio de la lógica comercial en el ámbito cultural– potencia la democratización del libro y una democracia activa y participativa.

Palabras Clave: Libro, edición independiente, espacio público.

Résumé

Dans le cadre de la tension entre culture et commerce qui caractérise le monde du livre dans la globalisation, cet article souligne le caractère public de la culture du livre et la façon dont le mouvement des éditeurs indépendants - par sa résistance à la domination de la logique commerciale dans l'espace de la culture- favorise la démocratisation du livre ainsi qu'une démocratie active et participative.

Mots Clés: Livre, Édition indépendante, espace public.

En sociedades donde se ha sacralizado el dominio de la propiedad privada y el mercado, no es de extrañar el surgimiento de movimientos que buscan recuperar y repensar el rol del libro y la lectura, destacando el valor cultural de la edición por sobre su carácter comercial, poniendo el acento en el compromiso con la cultura del libro como un bien público. Las tensiones entre comercio y cultura que se expresan en los desafíos de la edición independiente tienen uno de sus principales focos en el rol que asumen los editores independientes en el espacio público y, en particular, en su compromiso con lo público. Algunas de las mismas palabras que aparecen una y otra

vez en este debate como: “público”, “publicar”, “diversidad”, “memoria” y “democracia”, dan luces de lo que está en juego.

“PERTENECIENTE O RELATIVO A TODO PUEBLO” (RAE, 2002)

Como señala una de las principales acepciones de la palabra “público”, correspondería esperar que desde el Estado se defiendan lo público y desde los editores, “empresas comerciales”, lo privado. Los versos del poema satírico de Juan Agustín Goytisolo “Érase una vez el mundo al revés”, describen bastante bien la inversión de roles que ha marcado el rol de actores de la sociedad civil –en este caso de los editores– y del Estado en varios momentos de la historia. La defensa editorial de la libertad de expresión ante las censuras, de la libertad de pensamiento ante los dogmas, de la libertad de creación ante las religiones, son momentos repetitivos donde el mundo del libro: autores, editores y libreros, defienden derechos ciudadanos, derechos públicos frente a los estados. Hoy, las luchas de los editores independientes se suman a esa larga historia de resistencia ante el dominio de lo privado, o lo único que impone en repetitivas ocasiones el Estado. Y esta vez se hace subvirtiendo el rol comercial que se le asigna al quehacer editorial, poniendo énfasis en el sello cultural de este quehacer, la prevalencia del rol social del libro y la lectura por sobre su carácter comercial.

Parte importante de los objetivos que se dan en las redes y organizaciones de editores independientes tiene que ver justamente con salvaguardar un frágil ecosistema –el del libro–, que no puede quedar subsumido a las lógicas comerciales. Concentración, privatización, mercantilización son fenómenos que no se llevan bien con el desarrollo y la diversidad cultural. En Chile, la misma voz crítica de los editores independientes –que se suma a la de muchos otros actores sociales–, ante el excesivo dominio del concepto de propiedad en las legislaciones de derechos de autor y la continua extensión de los derechos de propiedad intelectual, que en menos de doce años pasó de 30 a 70 años después la muerte del autor, tiene que ver con la búsqueda de hacer valer los derechos de la sociedad toda, de lo público. Es fundamental recuperar el equilibrio básico que vio nacer este tipo de legislaciones, no solo por una defensa de lo público en tanto acceso a lo ya creado, en tanto derecho al saber y a la información, sino también para mantener viva y libre la posibilidad de que las nuevas generaciones sigan creando.

Hoy, cuando a puertas cerradas se discute un nuevo acuerdo internacional de libre comercio, como es el TPP (Acuerdo Transpacífico), no es posible que sea por filtraciones de documentos confidenciales –la propuesta de Estados Unidos–, que nos enteremos que se negocia una extensión de la protección de las obras cuya titularidad no es de personas naturales. Es decir, se postula extender la protección a 95 años – desde la fecha de publicación de una obra– y a 120 años desde la fecha de su creación

cuando esta no fuera publicada en los años próximos a su creación. Ya el hecho de que se deba esperar 70 años después de la muerte del autor para que una obra pase a dominio público hace casi imposible contactarse con algún heredero, si el autor no ha sido famoso y no hay alguna fundación detrás. Postular protección por 120 años es un mal chiste, ¿dónde encontrar hoy el legítimo heredero de una obra escrita en 1892, año en que fallece Walt Whitman? Con el nombre de la ley Mickey Mouse bautizaron la última extensión de plazos de la ley de propiedad intelectual en Estados Unidos, pues sirve esencialmente para empresas como Walt Disney y compañía, y por extensión a la monopólica industria del *software* y a la inescrupulosa industria de la farmacéutica. Es una aberración que los estados sigan preocupados por dar aún más derechos y protección a esos feudos de la modernidad que concentran más riqueza y poder que muchas naciones por sobre los desafíos de enfrentar el hambre, la salud y educación de calidad para todos, la desigualdad, la destrucción del medio ambiente y de la diversidad cultural.

Algo de esto señala el director de la Biblioteca de Harvard, Robert Darnton en su “Apología del libro”:

“nuestra república se construyó sobre la fe en un principio central de la república de las letras: la difusión del saber (...). Los padres fundadores reconocían el derecho de los autores a una justa retribución por su trabajo intelectual, pero afirmaban la preeminencia del interés general sobre el interés privado (...). Si aplicáramos la sociología del saber al presente –tal como Bourdieu lo hizo–, constataríamos que vivimos en un mundo concebido por un Mickey Mouse sin Alma” (Darnton, 2011, p. 162).

“PERSONA QUE PUBLICA POR MEDIO DE UNA IMPRENTA U OTRO PROCEDIMIENTO UNA OBRA” (RAE, 2002)

Entre las definiciones de editor siempre está al centro la palabra “publicar”, “hacer notorio o patente... algo que se quiere hacer llegar a noticias de todos”, “difundir”, “revelar” (Real Academia Española, 2002). El origen mismo de esta profesión está en lo público y no es de extrañar entonces que cuando en la constante tensión entre cultura y comercio empieza a dominar lo comercial, desde los mismos actores del mundo editorial se reacciona buscando recuperar el carácter cultural. El movimiento de los editores independientes que surge en los años 90 ante la concentración que empieza a dominar el mundo editorial y las industrias culturales en general, es expresión de ese compromiso con lo público. Este movimiento nace en un momento en que las derivaciones de otra palabra vinculada a lo público, “publicidad”, que en su definición misma conlleva el carácter comercial, empieza a marcar el mundo del libro.

Como señala Fernando Escalante Gonzalbo (2007): “el bien público que se defiende cuando se trata de proteger la cultura del libro es una determinada estructura de la vida pública” (p. 344). Una cultura donde publicar no es sinónimo –ni es dependiente– de publicidad y de *marketing*. Por el contrario, publicar libros va de la mano con la búsqueda de un espacio de reflexión que potencie una lectura activa, que despierte la curiosidad, la pregunta y la duda. Una estructura de la vida pública –una cultura– donde las elecciones no se definan por el dinero invertido en las campañas. Una cultura donde el mundo del libro no se asimile al *star system* de Hollywood. Publicar es “hacer notoria” las voces críticas, hacer “patente” las poéticas subversivas, es “difundir” lo que muchos prefieren callar, o lo que muchos no quieren escuchar, es “revelar” (quitar el velo, sacar a la luz) a través de las ciencias humanas, la literatura o la fotografía, lo que los medios financiados por la publicidad omiten. Esto constituye parte importante de los catálogos de las editoriales independientes, y es un aporte indiscutible a favor de una estructura de la vida pública más participativa y democrática, “con sentido y razón”.

“VARIEDAD, DESEMEJANZA, DIFERENCIA / ABUNDANCIA, CANTIDAD DE VARIAS COSAS DISTINTAS” (RAE, 2002)

La definición de “diversidad” da un buen indicio de lo que representa el mundo del libro, que algunos caracterizan como una industria de prototipos. Cada obra es diferente, ninguna novela o ensayo puede remplazar a otra. En las librerías, si bien los *best seller* son importantes, es la multiplicidad de títulos que se venden en muy pocos ejemplares los que conforman la mayor parte de la venta. Hay más de una similitud entre los libros y los seres humanos: cada uno con su historia, cada uno con sus pasiones, cada uno con sus penas y alegrías. Felizmente, los humanos no se clonan, los libros en cambio sí, y esto permite que muchos podamos compartir una misma obra.

La asfixia que ha impuesto el dominio del sello comercial en la cadena del libro y en el mundo de la cultura ha puesto en peligro la existencia de esa diversidad. La agudización de las tensiones entre cultura y comercio en el marco del sistema neoliberal ha dado lugar a un amplio movimiento de los diversos sectores de la cultura en defensa de la diversidad cultural, consagrando “la Convención sobre la protección y promoción de la diversidad de las expresiones culturales” de Unesco, como un instrumento único a nivel internacional, que establece derechos y deberes de los estados en relación a sus expresiones culturales. En el mundo del libro, ese desafío lo expresa la edición independiente en su defensa de la bibliodiversidad, de la cual la asociación de Editores de Chile es un claro ejemplo. Como señala Jeremy Rifkin en *La era del acceso*:

“si no se refrenan, las fuerzas comerciales devoraran la esfera cultural, transformándola en fragmentos mercantilizados de entretenimiento comercial, ... diversión de pago y relaciones compradas. Perder el acceso a la rica diversidad cultural de miles de años de experiencias de vida sería tan devastador para nuestra supervivencia y desarrollo futuro como la pérdida de lo que queda de nuestra diversidad biológica. Restaurar el equilibrio ecológico entre cultura y comercio, es uno de los retos centrales de esta nueva era. Las generaciones futuras tendrán que afrontarlo con la misma pasión y convicción que puso la generación actual en su empeño por equilibrar la economía de la naturaleza y la economía humana” (Rifkin, 2000, p. 161).

“FACULTAD PSÍQUICA POR MEDIO DE LA CUAL SE RETIENE Y RECUERDA EL PASADO” (RAE, 2002)

La memoria personal y social encuentra su máxima expresión en los libros. La invención del libro impreso ha permitido mantener viva en el tiempo –como ninguna otra invención– la memoria e historia de las culturas. La lucha por reponer en un lugar central de nuestras sociedades la cultura del libro, por mantener vivo los catálogos editoriales, asequibles las colecciones de las bibliotecas, de manera complementaria a las nuevas tecnologías, es uno de los principales desafíos que enfrenta hoy la edición independiente. La tecno utopía que domina estos tiempos nos lleva muchas veces a remplazar en vez de conjugar, y ello a la larga significa destruir. Marx decía que la historia siempre se repite, primero como tragedia, después como comedia. Cuántas veces hemos destruido maravillas de la naturaleza y de la humanidad en nombre del progreso antes de darnos cuenta de lo valioso, enriquecedor y necesario que es construir lo nuevo sin aniquilar lo pasado. La escritura, el libro y la lectura viven en tal sentido hoy un momento crucial. Varias de las principales fortunas del mundo están vinculadas a las nuevas tecnologías y sus productos destacan en la publicidad/noticias de los medios. En la educación, en el tiempo libre y en el trabajo, vivimos tiempos de cambios radicales y ello se refleja en nuestras prácticas de la lectoescritura. Sin duda, hay nuevas maravillas, pero ni a nivel del desarrollo cerebral, ni a nivel personal ni social, la riqueza de las nuevas prácticas reemplaza los aportes de las maneras clásicas de escribir y/o leer. Uno no hace uso de las mismas redes neuronales al escribir en un teclado que al escribir a mano; tampoco al leer en una pantalla, que al leer en un impreso. Es básico potenciar ambas maneras en paralelo, no una en desmedro de la otra. Robert Darnton recuerda cómo después de la segunda guerra mundial y hasta los años 80 se destruyeron grandes colecciones de periódicos para reemplazarlas por micro film, antes de darse cuenta que estos últimos son mucho menos duraderos que una obra impresa. Algunos directores de grandes bibliotecas le dieron caza a los libros y periódicos. ¿Qué queda de la enorme producción de cine mudo de principios del

siglo XX? ¿Cuánto durarán en el tiempo los disquetes, discos duros y computadores donde se guardan los nuevos libros, los *mail*, las fotos? La ilusión de una memoria infinita fácilmente se desvanece en el tiempo. Por lo demás, el prestar, regalar, heredar a los hijos o revender los libros, son prácticas que probablemente desaparecerán con el libro digital, resquebrajando el carácter socializador de una cultura.

“PREDOMINIO DEL PUEBLO EN EL GOBIERNO POLÍTICO DE UN ESTADO” (RAE, 2002)

La precaria definición de “democracia” de la Real Academia Española pone el pueblo al centro, como es el caso con la definición de “público”. Si bien la democracia es el único sistema de gobierno que encuentra fácil legitimidad hoy en día y la palabra está en boca de todos, su sentido etimológico se hace cada vez menos verdadero. Bourdieu con bastante verdad expresaba “espacio público... tengo horror de esa expresión” (Bourdieu, 2012, p. 157). En ese espacio público veía el dominio indiscriminado de los medios de comunicación masivos, y en particular de la televisión. En sus clases en torno al estado, señalaba: “que uno no termina nunca de liberarse de la evidencia de lo social, y entre los instrumentos de producción de la evidencia, de sentimiento de lo evidente, el Estado es seguramente el más potente” (Bourdieu, 2012, p. 157). Su intento “de practicar la duda radical”, “desbanalizar, desnaturalizar”, relevar la “cuestión de las condiciones de ciudadanía”, los sentidos latentes de “opinión pública”, es posible gracias –como condición necesaria, pero por supuesto no suficiente– a una práctica lectora activa. La cultura del libro posibilita mantener vivo el sueño de avanzar en ese camino, de una democracia activa, participativa, con ciudadanos que practiquen la duda radical. Podríamos pensar que no estamos tan lejos de la soñada república de las letras, cuando el analfabetismo es de más en más minoritario, pero la realidad es otra; se acrecienta la brecha entre lectores activos y lectores pasivos, crece la desigualdad económica, la diferencia entre sujetos y consumidores, y domina un tratamiento de la cultura como simple mercancía.

Apostar por democratizar la cultura del libro, como lo hace la propuesta “Una política de Estado para el libro y la lectura” de la Asociación de Editores, es un esfuerzo más, de carácter político cultural, por generar las condiciones para un espacio público de diálogo, debate y construcción colectiva.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (2012). *Sur l'État. Cours au Collège de France 1989-1992*. Paris: Raisons d'agir –Seuil.
- Darnton, R. (2011). *Apologie du livre. Demain, aujourd'hui, hier*. Paris: Gallimard.
- Escalante, F. (2007). *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida Pública*. México: El Colegio de México.
- Real Academia Española. (2002). *Diccionario de la lengua española* (22ª ed.). Madrid: Espasa.
- Rifkin, J. (2000). *La era del acceso. La revolución de la nueva economía*. Buenos Aires: Paidós.